



Editorial Xplora 2014

Páginas: 326 pg.

Dimensiones: 15x22 cm

ISBN. 978-84-15797-17-3

Disponible en ebook y papel
en librerías y en :
editorialxplora.com/tienda

EDITORIAL XPLORA

Lee viajando. Viaja leyendo

www.editorialxplora.com

info@editorialxplora.com

XPLORA es una editorial independiente formada por un grupo de amantes de los viajes, el deporte, la montaña y los libros. A través de las páginas de nuestros libros recorreremos países ligeros de equipaje, descubriremos hasta donde llegan los límites del hombre, cruzaremos desiertos, exploraremos montañas lejanas, conoceremos nuevas culturas y viajaremos a los lugares más sorprendentes del planeta.

Introducción (o algo así)

¿Qué es este libro?

Este libro de viajes habla sobre Suiza. Bien, lo cierto es que el país no importa. Este libro de viajes habla del acto de viajar y no de un país en concreto, que también. Tampoco es que se centre en la actividad de viajar en sí misma, al menos según los términos en los que la mayoría de gente considera lo que es “viajar”.

Este libro habla de escapar, de superarse a uno mismo, de pasarlo mal (y estupendamente bien) y de, finalmente, fracasar en el intento. O no. Porque en los verdaderos viajes no importa llegar a tu destino sino el simple acto de intentarlo, de mantener el horizonte frente a tus ojos, de cambiar de comida, de cama, de hábitos y de evitar a la familia, a los amigos e incluso a la patria. O dicho de otro modo más peregrino: lo que importa es el camino.

Este libro no habla de una aventura ni de unas vacaciones turísticas. Habla del viaje que me apeteció hacer, libre, heterodoxo y con más comedia que épica.

Este libro está dedicado a los que, como yo, son deportistas de sofá: los que hacen *zapping*, juegan a la PlayStation, navegan por Internet, leen, charlan y pican entre horas. Y que, sin embargo, a veces oyen una voz en su cabeza, una voz que suena como la del personaje de Pepito Grillo de *Pinocho*, que les sugiere que deberían cambiar su estilo de vida. Al menos un poco.

Este libro habla de un buen día que, al levantarme del sofá, como invadido por un extraño capricho, como empujado por uno de esos muelles que impulsan al payaso de la caja sorpresa, te dices: *¿Por qué no?*

¿Por qué no adelgazar un 25% de tu peso corporal? ¿Por qué no recorrer un país extranjero sólo con tus piernas? ¿Por qué no conocer Suiza a lomos de un corcel de aluminio? ¿Por qué no cambiar tu vida, así, ¡chas!, con un chasquido de dedos?

De todo eso habla este libro. Y de Suiza, por supuesto, también habla de Suiza, aunque no de la Suiza que aparece reflejada en las películas o en las guías turísticas al uso, sino de la Suiza que, a golpe de pedal, me he ido encontrando por una mezcla de azar y preferencias personales (a veces, demasiado personales). Una Suiza que no sólo refleja catedrales o monumentos famosos, sino también el sabor de una simple cena, la vajilla de un restaurante o la excentricidad de alguien que se cruza conmigo en la calle. Una Suiza que posiblemente sólo me gustará a mí. Aunque, quién sabe, tal vez también os acabe gustando a vosotros. Porque, recordad, repetid conmigo, no importa el país, no importa lo que visitéis, ni siquiera importa si lo lográis o no. Lo que importa de verdad es chasquear los dedos como un prestidigitador.

¡Chas!

¿Por qué hice *chas*?

¿Por qué chasquéé los dedos de aquella forma, el equivalente, dada mi situación de pereza endémica, a la espada de Catón, la cicuta de Sócrates o el *seppuku* de los samuráis? ¿Por qué no continuar mi vida sentado, cobijado en mi sofá, que incluso ya tenía la horma de mis posaderas?

El idioma alemán tiene una palabra más adecuada para precisar la disposición de ánimo que me embargaba, aquella que empuja al viajero por el mundo. La *Wanderlust*, el viaje de iniciación, la *errabundia*, tal y como lo refiere Mauricio Wiesenthal en *El esnobismo de las golondrinas*.

Pero ¿qué fue lo que generó esa *Wanderlust*?

Sospecho que fue una mezcla de candidez e inexperiencia. Primero vino la idea de recorrer el país en bicicleta. Luego que ese país tenía que ser extranjero. Era mi forma de catarsis. Un viaje que sería un castigo y también un viático. Como imaginaréis, pretendía huir de algo. No diré de qué, aunque no hay mucho misterio porque siempre se huye de los mismos monstruos: las tribulaciones amorosas, los accesos nihilistas o las crisis de cumplir un decenio más (30, 40, 50 años... no importa). Finalmente, la idea se armó como algo posible y hasta coherente, con una mezcla de candidez e inexperiencia propia del que jamás ha emprendido esta clase de viajes. Una candidez e inexperiencia que no tardaría en trocarse en escarmiento, como pronto descubriréis.

A todo esto se le sumó otro componente más. El CE. Es decir, el Coeficiente Evolutivo. Fue algo que descubrí en una autobiografía de Timothy Leary titulada *Flashbacks*. Según Leary, el Coeficiente Evolutivo surge de dividir el número de direcciones de correo postal que has tenido por tu edad cronológica. El día que Leary desarrolló el Coeficiente Evolutivo tenía cincuenta años y ya había vivido, muy viajado él, en cincuenta y tres casas.

CE Timothy Leary: 53 casas / 50 años = 1,06.

El CE de Leary era un asombroso 1,06, cuando el CE del estadounidense medio, según el propio Leary, es del 0,25 (10 casas / 40 años). A continuación, Leary calcula el CE de su retrógrada tía Mae, una mujer muy apegada a sus costumbres: 1 casa / 80 años = 0,01.

Al leer estas cifras, mucho me temí que yo andaba más cerca de Tía Mae que del fascinante y peripatético Timothy Leary. Igualmente, efectué el cálculo para asegurarme: 5 casas / 30 años = 0,1. Incluso estaba por debajo del estadounidense medio. También hay que añadir que Leary era un apóstol del LSD, el ácido lisérgico que impulsó la contracultura de los años 1960, así que al cómputo cabía añadir los cambios cerebrales a los que Leary se había sometido en cada una de sus ingestas de LSD (casualmente, el LSD se sintetizó en Suiza por primera vez; y Suiza también fue un seguro refugio para Leary cuando éste estuvo perseguido por la justicia norteamericana):

Las trescientas sesiones de LSD, los trescientos retroquelados, las trescientas variaciones de realidad. (...) Yo me había propulsado más allá de la fuerza gravitatoria del pasado hasta alcanzar un estilo de vida relativista y posterrestre, a años luz del patrón habitual de vida humana: amigos que trabajan juntos, se apuntan a los mismos clubes, se ven regularmente los miércoles por la noche y los domingos por la tarde... Me había convertido en un viajero del espaciotemporal, con casa en ninguna parte, con casa en todas partes.

Yo no pretendía seguir los pasos nómadas (y lisérgicos) de Leary. Entre otras cosas, llegaba tarde. Sin embargo, no podía evitar plantearme que quizá mi vida estaba en exceso estancada en un mismo lugar. Tener un CE tan bajo me hacía sentir que, en cierto modo, me estaba perdiendo algo, que no había

vivido lo suficiente, que había estado perdiendo el tiempo. Obviamente, no era así. Pero la simple sospecha de que pudiera serlo era mi mayor acicate. Además, se daba la circunstancia de que durante aquellos días se habían puesto de moda los programas de televisión de viajes, como *Afers exteriors* o *Planeta Finito*. Eran programas que te invitaban a perderte por el ancho mundo, que te recordaban que el planeta era una gigantesca macedonia de razas y culturas que ningún anuncio de Benetton podía emular, que te instilaban la idea de que no todo se acaba en la puerta de tu casa o en el bloque de enfrente sino que había muchos paisajes, sabores y emocionantes sorpresas por descubrir de primera mano. Y todo ello sin la ayuda del psicodélico ácido de Timothy Leary.

El viaje, pues, como forma de escapatoria, el viaje como vía paliativa de la infelicidad. O, como dijo Maupassant cuando le preguntaron la razón de sus viajes: “La necesidad incontenible de dejar de ver la torre Eiffel”.

Por otro lado, creo que el germen del viaje lo tenía dentro de mí desde hacía mucho tiempo, aunque hubiera crecido mudo hasta ahora. Hablo de la época en la que consumía las novelas de Julio Verne o los tebeos de Tintín. Prueba de ello fue cuando encontré, en una antigua carpeta sucia y polvorienta, un minucioso croquis de cómo debería ser mi viaje alrededor del mundo el día que me decidiera cruzar el rubicón. Era un croquis en el que se especificaban los transportes que usaría en cada travesía y los kilómetros que cubriría con cada uno de ellos. No recuerdo exactamente cuándo esbocé el croquis, pero sé que fue en un momento entre los doce y los catorce años. Y también recuerdo que, para llevarlo a cabo, me valía de un mapamundi, en el que abismaba mi mirada durante horas, resiguiendo con los ojos las ciudades y pueblos de cada país, los accidentes geográficos y las líneas de las carreteras secundarias, intentando proyectarme en cada uno de ellos ataviado como un aventurero: sombrero Fedora, pañuelo al cuello, camisa sudada y los bolsillos del pantalón llenos de objetos para salir airoso de cualquier obstáculo, como McGyver. Y también sufriendo toda clase de inclemencias en el viaje, como en esas películas de los años 1980-90 en las que un hombre, a lo Kerouac, se enfrentaba a la carretera estadounidense, de costa a costa. Por esa razón, tal vez, soy un devoto de las *road movies*, sobre todo de las payasas y estrafalarias, como *Mejor solo que mal acompañado* o *Dutch, tu novio huele mal* (ambas, por cierto, con el sello del rey de las películas de los adolescentes de los 80 John Hughes). El resumen de aquel viaje imaginario alrededor del

orbe terráqueo, a efectos nostálgicos y transcrito tal cual lo conservo, era el siguiente: de mi habitación en el centro de Barcelona a Roma en avión (800 km.), de Roma a la orilla del Tíber en camión (23 km.), de la orilla del Tíber hasta la otra orilla del Tíber en barco (250 km.), de la otra orilla del Tíber a San Marino en coche deportivo (40 km.), de San Marino a Trieste cruzando el Mar Adriático en catamarán (50 km.), de Trieste a Zagreb en tren (175 km.), de Zagreb a Bucarest en zepelín (800 km.), de Bucarest al Mar Negro en coche de caballos (175 km.), de la orilla del Mar negro a Batumi en hidroavión (950 km.), de Batumi a Kabul en globo (250 km.), de Kabul a Pekín en Concorde (5.000 km.), de Pekín al Mar Amarillo en motocicleta (500 km.), de Yungping a Japón en trasatlántico (1.500 km.), de Japón al Océano Pacífico en autobús (400 km.), de la orilla del Océano Pacífico a San Francisco en ala delta, de San Francisco a Colorado Springs en un tren antiguo, cruzar el Misisipi en un barco de vapor y continuar en el tren más moderno que existía hasta Chicago, de Chicago a Nueva York en limusina, de Nueva York a Lisboa en velero, de Lisboa a Madrid en bicicleta, de Madrid a mi habitación en el centro de Barcelona a pie... y vuelta a empezar pero en sentido contrario y permutando todos los medios de locomoción.

Quién sabe. Quizá algún día me atreva también a hacer realidad aquel disparatado viaje. Al menos tenía constancia de que un español, un tal Juan Alonso, más conocido como Capitán Pedales, había conseguido recorrer a lomos de una bicicleta setenta mil kilómetros a través de los cinco continentes en sólo dos años, de 1990 a 1992. Hacía una media de doscientos kilómetros al día.

Aunque suene a historia inventada es real. Porque la realidad acostumbra a ser más extraña e incluso inverosímil que la ficción. Por eso yo podría hacer como Nellie Bly y llevar a cabo lo que había inventado en mi cabeza. Nellie Bly fue una periodista norteamericana de principios del siglo XX que superó a Phileas Fogg a los pocos días de leer *La vuelta al mundo en 80 días* de Julio Verne. Nellie Bly consiguió hacer lo mismo en esa misma época en 72 días, 6 horas, 11 minutos y 14 segundos. El 14 de noviembre de 1889 partió del muelle de Hoboken, y a su paso por París hasta se permitió una pequeña pausa para entrevistar al mismísimo Verne. Yo quería ser como Bly. Superar el record de un personaje ficticio, hacer realidad mi sueño infantil, cumplir el desafío que representaba (al menos para mí) el recorrer un país extranjero en bicicleta. Como un discípulo de Capitán Pedales.